

«Paz á tí, María, llena de gracia; el Señor nuestro sea contigo.» Y advierte que aquel *Tha* es relativo y señalaba persona: (1) fué lo que obligó á la Virgen á turbarse. Así lo dice el texto: «La cual como lo oyese, se turbó en las palabras que la decía, y imaginaba cuál sería esta salutacion.» Parecióle á Angelo Caninio que en la salutacion, cuando se turbó, no habia relacion particular que ocasionase la turbacion; empero está en la palabra «El señor es contigo», que la palabra *sira* pronuncia «Señor nuestro». Considerad á la Virgen turbada de oírse llamar llena de gracia, y que es bendita entre todas las mujeres, y que el Señor es con ella. Considera, ó hombre, que teme las mayores mercedes y alabanzas que oyó criatura. Aprende, vilísimo gusano, desta humildad á turbarte con las alabanzas, á temer los grandes beneficios.

Oyelos María Virgen; túrbate y teme, y pasa (si puede decirse) á dificultarlos con estas palabras: «¿Cómo se obrará esto, porque yo no conozco varon?» Pregunta que suena duda, siendo el requisito para que se efectúe el ser madre de Dios. El no conocer varon, esa es la disposicion en aquella angélica virginidad y pureza inefable.

Nota la diferencia de María á Eva. Aquella acepta, y cree de la boca de la serpiente el ser como Dios. La siempre virgen se turba, y teme cuando oye del ángel que es llena de gracia, que el Señor es con ella. (2) Andan Dios y su Madre compitiéndose los agradecimientos. Dícela el ángel que della nacerá el Altísimo, que será madre del Hijo de Dios, que Dios hombre será su Hijo. María, á quien Dios escoge por madre, agradecida no dice: «Yo seré su madre;» sino: «Yo soy su esclava; hágase su voluntad.» Concibe á Cristo Jesus, párele y recuéstate en un pesebre. Cristo, en agradecimiento de la humildad de su Madre, llueve ángeles sobre el portal: da comision á estrella embajadora que traiga reyes de Oriente para que hagan corte el pesebre en que le tiene su Madre en vez de cuna; para que el portal donde le parió vea de rodillas aquellas majestades, á quienes todos hablan de rodillas en sus palacios. En el pesebre, adonde acaba de nacer de madre libre de la culpa, porque viene á morir, nace entre ángeles y reyes; en la cruz, donde le ponen las culpas y el pecado primero, muere entre delincuentes y en medio de dos ladrones. Allí, que nace de purísima madre, le ofrecen (3) la mirra; aquí, que muere por los culpados y en poder de los ministros impuros, se la dan á beber. Cuando nace mueren por él los inocentes; cuando muere inocente, muere por los culpados. En el Calvario el cielo se oscurece, anocheciendo y ocultando el manantial de las luces visibles; en el pesebre inventa el cielo nuevas luces y resplandeciente ministro de fuego. Y pues en todo, el segundo y eterno Adán fué contrario del primero, para serle propicio; como Adán culpó á

vergne á los treinta y seis años de edad. Escribió: I. *De locis Sacrae Scripturae hebraeis commentaria*. Amberes, 1600.—II. *De helenisimo*, 1555.—III. *Institutiones linguarum syriacae, assyriacae et thaludicae una cum aethiopicae et arabicae collatione, quibus addita est ad calcem Novi Testamenti multorum locorum historica enarratio*. Paris, 1554 (4.º).—IV. *Gramatica graeca*.—V. Una version latina del comentario de Simplicio sobre Epicteto, impresa en Venecia en 1546, en folio.

- (1) que fué (S.)  
(2) Adán Dios, (*Id.*)  
(3) mirra; (*Id.*)

Eva, Cristo *ab initio* disculpó á María, quitándola la culpa; (4) eso es disculpar. ¡Mirad qué agradecimientos, estos referidos, tan dignos de Dios y hombre, tan dignos de madre y virgen!

Resta enseñar cuánto aborreció Cristo la ingratitud. Dirélo con las palabras de san Pedro Crisólogo en el fin del sermón XLVIII, sobre aquellas (5) palabras del Evangelio: «Y no hizo allí muchos milagros por la incredulidad de aquellos.» Dice el Santo: «No se obra allí milagro donde la incredulidad no lo merece. Si bien cuando Cristo sana no pide paga; con todo, se indigna cuando por la honra que se le debe se le hace injuria.»

Dos cosas se coligen destas palabras. La una, que la ingratitud obligó á Cristo á que no obrase milagros; que fué carecer de la apelacion que de la limitada virtud de la naturaleza tiene nuestra flaqueza para la omnipotente virtud de Dios; fué carecer de los testimonios de la verdad para creerla. De manera que la ingratitud se quitó en Cristo el remedio temporal y los medios para la salud espiritual. No obró otro algun pecado tales efectos de perdicion. Lo segundo que se colige es, que los judíos fueron á Cristo ingratos con todo infernal encarecimiento; pues no solo no conocieron, no confesaron, no creyeron el beneficio, sino que por honra que le debian, le pagaban (6) con injurias. No es enfermedad curable incredulidad nacida de ingratitud. Esta es y fué y será la dolencia de los pérfidos judíos; esta llora sobre todos ellos su rey David, salmo CIV, donde al principio, para remediar su ingratitud, los exhorta diciendo: «Ingratos, acordáos de sus milagros que hizo, de sus prodigios y de los juicios de su boca.» Sabia el santo Rey que como ingratos los habian olvidado; así lo dice, prosiguiendo en el salmo CV, despues de haber referido inmensos beneficios que Dios los habia hecho: «Olvidáronse de sus obras, y no sufrieron su consejo.» Y más abajo: «Olvidaron á Dios, que los salvó, que hizo milagros grandes en Egipto, maravillas en la tierra de Cham, cosas terribles en el mar Bermejo.» Debemos considerar la afliccion de aquel Rey santo y profeta, viéndose rey de pueblo ingrato á (7) Dios tan propicio y benigno, y siendo él tan agradecido á los beneficios de Dios, que en el salmo CXV exclama con voces del corazon estas bien reconocidas palabras: *Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?* «¿Qué le daré al Señor por todo lo que me da?» No ha de pedir el buen rey siempre á Dios, que le dé más; ha de ocuparse en buscar qué le dará por todo lo recibido. En buscar cómo agradecer á Dios lo recibido está el poder conservarlo. Para recibir beneficios de Dios basta ser cualquiera criatura; para reconocérselos es menester ser justa y reconocida criatura.

Dije que la incredulidad que procede de ingratitud es incurable. Probé con David que esta es la dolencia obstinada de los judíos. Que sea incurable, lo pruebo con ellos y con su dureza. Hay incredulidad que se cura fácilmente, por no ser de aquella mala casta. Esta se vió en Tomás apostol, cuando dijo: «Si no viere la figura de los clavos, y metiere mi mano en su lado, no he de creer.» Discurre en esto para mi opinion san

- (4) que eso (S.)  
(5) del Evangelio: (*Id.*)  
(6) injurias. (*Id.*)  
(7) un Dios (*Id.*)

Pedro Crisólogo, sermón LXXXIV. Daré á leer en estas palabras mucho oro, razonado de la mina de sus escritos: «¿Por qué así Tomás inquiera los vestigios de la fé? ¿Por qué al que tan piamente padece, tan duramente le examina resucitando? ¿Por qué aquellas heridas que rompió mano impía, así la mano devota las inquieta? ¿Por qué (1) el lado que con lanza el soldado despiadado descubrió, porfia á desgajar la mano del que obedece? ¿Por qué los dolores que causaron las manos de los perseguidores, los renueva la mano curiosa del discípulo con crueldad? ¿Por qué con tormentos al Señor, con penas á Dios? ¿Por qué, queriendo probar al Médico celeste el discípulo de la herida, le trata así? Cayó la potestad del diablo, descubrióse la cárcel del infierno, desatáronse las ligaduras de los muertos; muriendo el Señor, se arrancaron los sepuleros, y resucitando el Señor, toda la condicion de la muerte se mudó; del sepulcro sacratísimo del Señor se levantó la losa, las ataduras y sudario se desataron, y la muerte huyó de la gloria del que resucitaba; volvió la vida, levantóse la carne, que no habia de caer más. Y ¿por qué á tí solo, Tomás, deseas que se te (2) entreguen las heridas con demasiada curiosidad para el juicio de (3) la fé? ¿Qué fuera si estas con (4) las demás se hubieran borrado? ¿En cuál peligro hubiera incurrido tu curiosidad? ¿Persuádeste que no hay algunas señales de la piedad, ningunos documentos de la resurreccion del Señor, si con tus manos no aras las entrañas que así surcó la crueldad judaica? Encaminó, fieles, la piedad esto; esto quiso la devocion para que despues no (5) lo pudiera dudar la impiedad. Empero Tomás no solo curaba su incertidumbre en su corazon, sino la de todos los hombres. Procuraba, habiendo de predicar esto á las gentes, cómo podria (6) autenticar el sacramento de tan grande fe. De verdad más fué profecía que duda; porque ¿para qué habia de pedir tal cosa, si no hubiera conocido con luz de profecía que Cristo habia reservado sus heridas para el juicio de su resurreccion?»

Alumbrado del Espíritu Santo este grande y elegantísimo padre, demuestra que la de santo Tomás apóstol no fué incredulidad ingrata, sino profética. Fué incredulidad contra la incredulidad de los judíos y de las gentes. Por eso mereció que Cristo, renovando despues de resucitado su pasion en cierto modo, le concediese manosear sus heridas.

Veis que á la ingratitud se le niegan los milagros, que no se negaron al fariseo, á quien cortó la oreja san Pedro, pues Cristo se la restauró; á la adúltera, por quien en la tierra hizo señales tan (7) milagrosas, que dicen algunos padres que todos los que la acusaban leyeron sus pecados en ellas; á María Magdalena, de quien echó siete demonios, la pecadora de la ciudad, y conocida por este nombre. No es posible encarecer más el detestable horror de la ingratitud.

Resta mostrar cómo fué Cristo agradecido. Convi-

- (1) el lado que con la lanza (B.)—al lado... (S.)  
(2) entrieguen (Z.)  
(3) fe? (S.)  
(4) lo demás (Z. B. F.)  
(5) le (B. S.)  
(6) autenticar (S.)  
(7) milagrosos (Z.)

Q-11.

danle á las bodas de Canaá en casa del rey del banquete. Va con su santísima Madre y sus discípulos; falta el vino, y hace que se vuelva el agua en vino. Por una comida obró el primer milagro de los que hizo, que fué honra grande y singular prerrogativa darles la primera señal milagrosa con abundancia tan magnífica de lo que faltaba. Aquí se ofrece un lugar que ha fatigado muchos discursos doctos y piadosos, para interpretarlos. «Dijo su madre á Cristo: No tienen vino. Respondióle: Mujer, ¿qué nos toca á mí ni á tí?» Estas palabras tienen semblante despegado; empero consideradas con espíritu, y consultando para su declaracion la pureza y excelencias de la Madre, y el amor que su Hijo Dios y hombre la tenia, me arrojo á decir que no solo (8) no fueron palabras dañosas, sino tan favorables, que en ellas me parece pronunció el texto irrefragable de su purísima concepcion, diciendo: «En el oficio de redentor de la culpa original, que hoy empiezo con el primero milagro en Canaá, á tí y á mí nada nos toca: á mí, porque soy Dios; á tí, porque yo te preservé.» Y esto tiene fuerza; pues siendo Cristo su hijo en cuanto hombre solamente, por la culpa original pudo decir: ¿Qué nos toca á (9) tí y á mí? Y antes parece decision que despego. Ni los de la opinion contraria podrán hablar otra cosa aquí, que á la Virgen y á su Hijo no tocasse. Segun esto, fué decir muy amorosamente á María: «Mujer, de las faltas de los hombres á tí y á mí nada nos toca, tócales á ellos. A mí no me tocan por ser Dios, á tí por ser mi madre; no ha llegado mi hora en que con el nombre de mujer, padeciendo en la carne que me diste, te nombraré.» Este milagro, que fué el primero con que en Canaá se manifestó, fué para que los apóstoles creyeran en Cristo. Así lo dice el texto sagrado: «Este principio hizo de sus señales Jesus en Canaá de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.» Lo que dice el doctísimo Cayetano no lo consiente el texto (estas son sus palabras: «Fué decir: A tí, como mujer, no te toca que falte el vino; y que por eso el (10) Arquitrículo llamó al esposo de las bodas, y no á alguna mujer»), pues el texto dice que la Virgen María, y no el rey del banquete, dijo á los ministros: «Haced cualquiera cosa que él os dijere.» Y consecutivamente Cristo mandó que llenasen las hidrias de agua, y que sacasen dellas el agua convertida en vino. De que se colige que, pues Cristo luego hizo el milagro, socorriendo la falta del vino que su Madre dijo que habia, que las palabras: Mujer, ¿qué nos toca á tí (11) y á mí? no miraron al socorro del vino, sino que forzosamente fueron misteriosas. Ni habia de extrañar Cristo que su Madre intercediese con él por las necesidades de sus huéspedes, ni habia de frustrar su intercesion; pues esta fué la vez primera que expresamente en necesidad se halla escrito que intercedió. ¡Dichosa boda y casa donde Cristo hizo el primero milagro, donde la Virgen hizo el primero ruego!

No merece nombre de digresion esta advertencia, pues ya que no toca á la ingratitud, la huye; pues lo

- (8) fueron (Z. B. F.)  
(9) á mí ni á tí? (S.)  
(10) Arquitrículo (Z. B. F.)  
(11) ni á mí? (S.)



fuera referir este texto y no solicitar esta explicación en favor de la pureza de la Virgen.

Dícele el ladrón: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.» Y ofrécese luego diciendo: «Hoy serás conmigo en el paraíso.» ¡Oh inefable grandeza! ¡Dichoso quien persuadiere al frenesí de la honra del mundo á que se acuerde del que le acompañó en la afrenta! ¿Quién en el mundo no aborrece el testigo de su miseria, y al que le acuerda las ignominias que le vió padecer? Muere Cristo escupido, abofeteado y azotado y en una cruz, como malhechor, entre dos ladrones, y pídele el bueno que se acuerde del cuando esté en su reino, que es acordarse de su mayor oprobrio; y no solo acepta el acordarse del, sino el hacerle partícipe de su reino consigo en el propio día. ¡Grande é inmenso beneficio, que apreció conforme (1) á su justicia el conocimiento de un malhechor, que en hombre visible (que con él padecía como delincuente) creyó reino, y reconoció (2) entre la borrasca de las afrentas majestad soberana!

Tal se mostró Cristo con los hombres cuando todos le fueron ingratos, los más toda su vida, y los agradecidos, alguna vez en ella. De sus apóstoles unos le dejaron, otro le niega y otro le duda y otro le vende; este fué Judas, llamado varón de Carioth: no perdonemos á su patria esta infamia. Este fué el ejemplo de los ingratos, este fué la misma ingratitud, con toda su genealogía. Tuvo por madre la envidia en el unguento de la Magdalēna, que invidió á los piés de Cristo; luego se valió de la dádiva, que induce la ingratitud, pues para vender á su Maestro empezó diciendo: *Quid vultis mihi dare?* «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?» El ingrato no señala precio, porque lo es por poco y por mucho y por cualquiera cosa. Diéronle treinta dineros de plata; tomólos y entrególos. Arrepintióse Judas y volvió el dinero, y arrojólo y ahorcóse: era tan malo, que aun arrepintiéndose de pecar, pecó. En esto le imitan todos los desagradecidos. Ahorcóse por ser desagradecido á su mismo (3) desagradecimiento, pues pudiendo lavarle con lágrimas, le ahogó con la soga. ¿Cuál desagradecido logra lo que recibe? ¿Cuál no se desespera en tanto que es desagradecido? Todo desagradecimiento es horca, donde es verdugo de sí propio el desagradecido. ¡Oh todo infernal vicio! ¡Oh pecado todo (4) inferno, que persuades á los hombres á ser antes desagradecidos á Dios que al hombre! Los escribas y fariseos preguntaron á Cristo si se había de pagar el tributo (5) á César. Y Cristo, que veía cuánto cuidaban de solo pagar al César y cuánto olvidaban lo que debían á Dios, sin tomar ellos en su pregunta á Dios en la boca, (6) los respondió: «Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.» Esto mismo nos dice á todos, y los más nos desentendemos dello. Cristo á los que le seguían no les dijo que le trujesen lo que tenían, sino que lo dejaran con todo lo que pudieran tener. Así lo dijeron ellos: «Ves que lo hemos dejado todo y te seguimos.» Los apóstoles fueron agradecidos

(1) su (B. S.)

(2) en la borrasca (S.)

(3) agradecimiento, (Id.)

(4) infernal, que (Id.)

(5) al César (F. B., y lo mismo despues.)

(6) les (S.)

á Cristo, destituyéndose de lo que tenían y dejándolo, y por eso le siguieron. Los que contradicen con sus costumbres la vida de los apóstoles, dicen aquellas palabras al revés: «Ves que lo seguimos todo y te dejamos.» No pueden los verdaderamente pobres ser desagradecidos á lo que reciben, porque dice Dios que lo recibe él y que á él se le da y (7) se obliga á la paga. Conviene que entendamos la calidad de las mercedes de Dios y que son beneficios los castigos y los regalos. Conociólo y enseñólo Job en su miseria, cuando dijo: «Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males?» Declara san Agustín que estos males son bienes con este nombre: «Quien alaba á Dios por los milagros de sus beneficios, alábele por el espanto de sus venganzas, porque amenaza y halaga; si no amenazara, no hubiera alguna corrección; si no halagara, no hubiera alguna exhortación.» De aquí nace que los más seamos desagradecidos á Dios, porque sus beneficios pocos hay que no los olviden, sus castigos, menos que no los aborrezcan. ¿Queréis ver cómo hace Dios beneficios castigando, cómo da con lo que quita, cómo levanta al que derriba? Poned los ojos en san Pablo; espántale para animarle, derríbale del caballo para levantarle, quítale la vista para dársela y para que la dé á las gentes. Lo que conviene es saber recibir cualesquiera dádivas de Dios; no escoger unas por beneficios y dejar otras por trabajos. Todo lo que da es mercedes; no permitamos á nuestra locura que por su antojo las ponga (8) diferentes nombres.

Descendamos más particularmente á la doctrina política, y enseñemos cómo las dádivas pueden ser persecución. Este ejemplo no se halla sino en Satanás y en los que le imitan, que no son pocos. «Retírase Cristo Jesús al desierto, ayuna cuarenta días, y ofrécele el demonio piedras. Llévale al pináculo del templo, y dícele que se arroje de allí abajo. Súbele al monte, enséñale todos los reinos del mundo, y dice que se lo dará todo si cayendo le adora.» Esto mismo hacen infinitos en el mundo, que con lo que dan tientan, con lo que ofrecen deshonran, al que levantan lo despeñan. No se puede negar que son más los que hacemos ingratos con nuestros beneficios que los que lo son á nuestros beneficios. Hay dádiva y honra y oferta que es tentación y ruina. La desdicha es que tentándonos cada día Satanás con estas propias tentaciones disfrazadas, las aceptamos por beneficios. Dar el oficio de justicia al codicioso y vengativo, ¿no es darle piedras para que las (9) vuelva en pan? Vuélveselas en pan el cohecho, y entregándole, se le vuelve en piedras la conciencia. Poner en las más altas dignidades eclesiásticas al indigno, para que con la conciencia (10) mandada y alma venal se despeñe, ¿no es pináculo que se acepta cada día y se rueda cada hora? Ofrecerlo todo el ministro Satanás, porque lo adoren de rodillas, ¿no es idolatría con que se ruega? ¿Quién juzgará que reduciéndose á estas tres tentaciones todos los que llama beneficios el mundo, que no merecen antes fuga que agradecimiento? ¿Quién negará que el que los hace no es desagradecido con una misma acción á Dios y á sí y al prójimo? Quien me da

(7) le obliga (B. S.)

(8) diferentes. Descendamos (S.)

(9) vuelvan (Z.)

(10) manchada (S.)

lo que me faltaba para ser ruin, y lo que yo deseaba para poder ser ladrón, ó lo que echaba menos para ser tirano, este no me hace beneficio, sino ruin, tirano y ladrón. Y aun estas maldades, que solas tienen por beneficios, no las agradecen los ingratos. El ruin en honra, el primero á quien desconoce es al que le puso en la honra que le hizo ruin. Es vanidad de los delincuentes no conocer fuera de sí principio en sus culpas. Los privados de los reyes pasan sin saber qué es agradecimiento, porque aunque dén á todos (1) lo que piden, ninguno dice que recibió lo que merece. Si (2) da el privado á todos, dicen todos que los iguala y que con eso los afrenta. Si da á pocos, dicen los mismos que lo hizo á más no poder. Si tarda en el despacho, (3) dicen que se le hizo desear, y desfalcan del beneficio los pasos y las palabras; si abrevia el decreto, que por no verlos ni oírlos; si hace merced á sus parientes y criados, que es codicioso, que solo es mérito ser su deudo, que ser de su sangre es solo suficiencia; si no los favorece ni ayuda, que es demonio; que quien no honra á sus deudos, ¿cómo honrará á los que no lo son? Si recibe, dicen que es ladrón; si no recibe, que es mejor venderlo bien que darlo mal. Si (4) asiste siempre á su rey, dicen que le cerca y le teme; si no le asiste, que le desprecia. Ella es una dignidad esclava del trabajo, combatida de la envidia, cereada del aborrecimiento; que siempre vive en peligro, que sube por asperezas trepando, que baja resbalada por hielos, que nadie la ve subir que no la aguarde caer, que nadie la ve caída, que no (5) le ahonde la caída para que siempre caiga. El es el solo beneficio con que la fortuna siempre da codicia con el escándalo. Los privados son mártires (digámoslo así) de la lealtad á sus reyes, del amor á sus patrias. Tal es la naturaleza suya, que el delito es la prosperidad. Y así como el hombre adolece porque es hombre, así el privado padece solamente porque lo es.

Los reyes son en la tierra retratos de Cristo en el cuidado (6) y ser pastores de los suyos, que por él le fueron encomendados. Empero las facciones y señales en que se le parecen, no son las coronas de oro, que la suya fué de espinas; no los cetros, que el suyo fué caña afrentosa; no la púrpura, que la suya fué escarnio; no el trono, que el suyo fué cruz y clavos y angustias. Las señas son los desagradecimientos que padecen, los desagradecidos que tienen, los cuidados continuos, los desvelos desconsolados, las asechanzas alevés, las traiciones domésticas. Y estas cosas que afligen, las deben los reyes estimar con reverencia, pues en virtud dellas son retratos de Cristo parecidos, y dejándolas, le borran (7) y ofenden al original. Y pues los reyes juzgarían por crimen de lesa majestad y castigarían al que á su retrato añadiese en público una cola de escorpión, unas manos de tigre, una boca de lobo, una lengua de áspid; consideren cuánto más sacrilego delito cometen si en el retrato de Cristo, que son ellos, añadiesen estas fieras detestables, con la crueldad, con la soberbia, con

(1) los que piden, (S.)

(2) dan á todos (Z. B. F.)

(3) que se le hizo (Id.)

(4) asistente siempre (S.)

(5) la (Id.)

(6) y son pastores (Id.)

(7) y ofrecen al original. (Id.)

la avaricia y con la lujuria. Lucifer cayó por querer ser como Dios; ellos caerán por no querer ser como él. Habiendo el mismo Cristo predicado para su (8) enseñanza: «Aprended de mí, que soy humilde y blando de corazón,»—ingrato es á Dios y á su reino quien no lo hace.

Descendamos al hombre en particular, y en cada uno veremos que el ingrato es el que más se queja de la ingratitud, porque el ingrato es mentiroso de obras, y por eso es el peor de los mentirosos; es avariento del bien, por ser pródigo del mal; tan venenoso, que hace desdichada la buena dicha. Es esterilidad de la gracia; yo le considero discípulo del fuego, que consume cuanto en él echan. Arde un árbol, y la llama es verdad que vuelve á cada elemento lo que le toca; más vuélvelo de manera, que antes es ofensa que restitución: al aire da su parte, empero en humo negro y ofensivo, que le oscurece y le mancha; á la tierra la suya en ceniza inútil y (9) despreciada; el agua con ruido la distila en vapores y la consume sediento. No menos se puede afirmar del ingrato lo que del fuego, que nunca dijo: *Basta*. Sucede á la cantidad del (10) beneficio en el ingrato, lo que al buito de la encina en el fuego, que en apoderándose del, derrama su estatura en un puño de ceniza. El es el ladrón que recibe con una medida y paga con otra. La ingratitud es el vientre de las herejías y de los herejes. Parto suyo son todos los venenos de la verdad y de la fe; madre fué de los herejes en todo tiempo. Hijos suyos son aquellas pestes racionales que refieren (11) Filastro y Cipriano y Cirilo. Ella produjo al detestable Mahoma, Arrio, Pelagio, Ecolampadio, Melánton, Lutero y Calvino, tósigos de Alemania y Francia; y cada día fecunda de muertas y contagios, está engendrando cismáticos y novatores. La ingratitud persuade á los padres á cuidar de que sus hijos queden antes ricos que virtuosos, y á los hijos á que por la herencia aborrezcan la vida de los padres, á que tengan por mayor beneficio que se mueran que el haberlos engendrado. Y lo peor es, que ella es una perpétua dolencia del hombre y una disension que vive incorporada con él, pues hace que cada día y cada hora su cuerpo sea ingrato á su alma, su voluntad á su entendimiento, su memoria á los dos. Ella es también zizaña de sus sentidos, pues cada uno es ingrato á los demás, y todos á cada uno. La boca del gloton es ingrata á todo el hombre, sentido por sentido, miembro por miembro; bébele los ojos, trastórname el juicio, humedécele el entendimiento, embrutécele la voluntad, obliga á que trastornadas hagan las manos el oficio de los piés, despues de habérselos desvariado. Empalágale la vida con demasías, ahógale el estómago en superfluidades, indúcele dolencias asquerosas, y déjale desfigurado de hombre, aun indigno de misericordia, y entrégale á las afrentas populares. Así la lujuria, desde los ojos del que se entrega á ella, con ingratitud rabiosa destruye la paz de todo el cuerpo, confunde su concordia y le revela contra la

(8) enseñanza: (S.)

(9) despreciada; (Id.)

(10) buito de la encina en el fuego, (Id.)

(11) Filastro, (Todos los impresos.— Véase lo que dije de este prelado en mi tomo 1, pág. 321.)



razon. Lo propio hace la ira y la avaricia y los demás vicios, que para ser totalmente infernales en todo encarecimiento, se valen de la ingratitud. Tales, que no hay pecado ni maldad ni traicion que para ser en el gravámen peor no se valga della. Doctrina es del angélico doctor santo Tomás (1): «La ingratitud es especial pecado por razon del desprecio del beneficio, mas es circunstancia respecto de los otros pecados.»

Y siendo el hombre ingrato y ingratitud, y todo ingratitudes, se queja de que le es ingrato el sol y el cielo si no llueve y se serena cuando y como su codicia lo desea para la fertilidad de sus cosechas. Quejase del viento, y le llama ingrato, si para pasar su codicia á las orillas que apartó el mar, no se tasa con sus velas en su nave. Llama ingrata á la tierra, que á su simienza no vuelve ciento por uno, siendo esta cosecha solamente debida á la limosna, que él contradice con su avaricia. Cada dia dice que nació en mala estrella, y es ingrato á la que naturalmente influyó en su nacimiento; siendo así que si oímos á todas estas cosas, con evidencia le convencerán de ingrato: el sol, (2) con que le dió luz que no merecia y que trocó á las tinieblas de sus retiradas usuras, que le trujo sucesivamente los dias y los años que dejó pasar sin reconocimiento á Dios; el cielo, que se le mostró premio para sus virtudes, como trono de Dios y patria de los bienaventurados, y él le quiso siervo que le obedeciese á la desórden de sus codicias. El aire, que le fué aliento para vivir, y que, como por la continua respiracion tenia comercio con sus entrañas y veia que sus cargazonas eran para robar á los que compraba y destruir á los que vendia, le advirtió de su descamino piadoso con borrascas bien intencionadas; y que siendo él criatura de Dios, y de las cuatro que en los elementos atienden á la conservacion del mundo, como naturales dignidades, osó pretender que fuese cómplice en la maldad de sus designios. El agua, (3) con que derramada en mares le fué divorcio de las naciones, en cuyos montes estaba enterrado el precioso peligro de su vida, el veneno resplandeciente, la tierra de mejor labor y peores hechos, que obedeciendo su soberbia procelosa la cárcel de flaca arena en que se cierra, le amonestó que obedeciese la que en ella le puso Dios con sus golfos. La tierra, (4) con que le fué madre, vistiéndole el cuerpo en que vive, que él ha difamado con vicios y torpezas tales, que le aguarda (5) de su muerte con horror y asco; que le ha ofrecido lo necesario, y muchas veces importunada le ha dado lo supérfluo. De suerte que no contento con ser ingrato el hombre al cielo y á los elementos, los llama ingratos. Y es tal la iniquidad de la ingratitud, que no contenta con perseguir á los vivos, persigue á los muertos más allá de las sepulturas. Considerad los herederos y testamentarios con cuánta prisa y puntualidad pagan el entierro y le disponen, y cómo luego falta para las mandas, y cómo se desentienden de los descargos de la conciencia; cuántas cosas hallan que se han de cumplir primero y cómo á todo lo importante responden que

hay tiempo, que las deudas son muchas, que la hacienda no es la que se pensaba, y que cada dia van saliendo nuevas trampas, y de aquí, tras robar su hacienda al difunto y dificultarle el descanso á su alma, le deshonran, diciendo: «Dios le haya perdonado, que era un hombre perdido, sin cuenta ni razon, y á todos nos tenia engañados; murió como vivió;» y otros tales oprobrios y afrentas. Ingratitud es esta la más pesada, y no la que menos se usa. Mas porque acabeis de conocer á la ingratitud y al ingrato, diré su más larga, primera y infame maldad.

El ingrato no se contenta con ser ingrato á todos y á sí viviendo, sino que pasa á ser ingrato á sí propio aun despues de muerto. Y esto lo consigue con no hacer por su alma mientras vive las cosas que le importara haber hecho (6) en muriendo; y por esto manda cuando muere que las hagan otros, porque es tan maldito, que ya (7) que no puede muerto hacer más ingratitudes contra los que viven, quiere, encomendándoles los descargos de su alma, hacer más ingratos, pues los más hacen con los difuntos lo que tengo referido. ¿Cuál es aquel que no ha visto esto por otros? ¿Cuál el que no lo ha hecho con otros? ¿Quién no teme que otros no lo hagan con él? No se cansa el ingrato de serlo. Todos los vicios y pecados acaban con la vida del hombre; el ingrato á sí en no disponer su alma para morir, muerto está, y está siendo ingrato.

Mas porque los que buscan achaques para no ser bienhechores, no se (8) valgan desto, diciendo que siendo los hombres ingratos y la ingratitud tan condenada, que no es justo hacerlos bien, respondo que el virtuoso ha de hacer bien aun al ingrato por dos cosas: por no (9) ser como él, y por no ser ingrato á Dios. A nuestro cargo está no ser ingratos, y procurar en cuanto pudiéremos que los otros no lo sean: El beneficio aun en el ingrato no carece de agradecimiento por muchos caminos, pues el hacer bien es premio, y Dios agradece el que se hace; y es mérito solicitar con nuevos beneficios la enmienda del que olvida ó desprecia los pasados. Si haces bien porque te le agradezcan, mercader eres, no bienhechor; codicioso, no caritativo. No digo yo que si te pagan el beneficio no recibas la paga, sino que no la codicies. Quiero que te alegres con ella, no porque te dan agradecimiento, sino porque tu prójimo no es desagradecido. Ninguna dádiva tienes en la cuenta de Dios con mejor calidad que la que sin tu queja no te pagaron. Por esto, no solo no has de negar tus beneficios á los ingratos, sino rogarlos con ellos, y socorrerlos con más liberalidad sobre el engaño que cuando primero le experimentaste. ¿Qué otra cosa nos enseña aquel ardiente precepto de Cristo: «Amad á vuestros enemigos,» sino esta doctrina, tan importante, que la mandó con las palabras y con las obras? ¿Cuán innumerables y eternos beneficios habia hecho á los judios antes de encarnar y encarnando, y viviendo y predicando, y obrando milagros y padeciendo! Todos con infernal ingratitud los habian despreciado y á su

(6) muriendo; (S.)

(7) no (*Id.*)

(8) valen (*Id.*)

(9) ser ingrato á Dios. (*Id.*)

(1) 2, 2, quaest. 107, 2.

(2) (3) (4) porque (S.)

(5) en su muerte (*Id.*)

sacrosanta persona, hasta ponerle en la cruz como delinciente y entre dos ladrones; y cuando muere clavado por sus manos, pide á su Padre que los perdone: «Perdónalos; que no saben lo que (1) hacen.» Esta doctrina, en razon de los beneficios, siempre estuvo remontada de la mente de los filósofos; por eso no los nombro en este tratado, no porque los desprecio para él, sino porque no los hallo en él. Algunos crepúsculos desta luz se divisan en mi Séneca, algunos en el doctísimo Campano; empero participan debilidad de la voz humana: son luz dudosa; aquí solamente amanece colmada de divinidad, sin confinar con las sombras de la noche.

Cristo fué liberalísimo dando y pidiendo. ¿Queréislo ver? Miralde pidiendo de beber á la Samaritana, para darla agua viva y salud eterna. Miralde pedir de beber á los fariseos en la cruz, diciendo: «Sed tengo,» para darles agua y sangre de su costado por hiel y vinagre.

No se ausente para nuestra exhortacion y enseñanza, y para temor de nuestra memoria, la parábola del que debia al señor muchas sumas. Mandóle prender y que le vendiesen la hacienda y la mujer y los hijos; afligido, se hincó de rodillas, y le dijo: «Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré toda la deuda.» Mandóle soltar y perdonóle la deuda. Este en saliendo topó con uno que le debia á él cien dineros, y arremetiéndole á él, le ahogaba (2) diciéndole: «Págame lo que me debes.» Díjole: «Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré lo que te debo.» No quiso: fuése, púsole en prisiones hasta que le pagase. Súpolo el señor, llamóle y díjole: «Mal criado, yo te perdoné tu deuda porque me lo rogaste. ¿No tenias obligacion de condolerte de tu deudor, como yo me apiadé de tí? Y enojado, le entregó á los verdugos hasta que pagase todo el débito. Veis aquí con cuánta facilidad perdona el Señor á sus deudores, y con cuánto rigor castiga á los ingratos. No siente que no le paguen lo que dió, tanto como siente que le sean ingratos en no imitarle en cobrarsus deudores de los que los deben. Dios, siendo ingratos á sus beneficios, nos hace beneficios, para que á su imitacion los hagamos á los que nos son ingratos.

He referido los agradecimientos de Cristo Dios y hombre en toda su vida, y antes de nacer, para encarnar en su Madre, los que usó con ella. Resta que diga los que con María, siempre virgen, mostró muchos años despues de muerto y resucitado, por santificar con ellos todas las edades del mundo. Consideracion es mia; si en ella hubiere alguna docta y piadosa consideracion, la reconozco de Dios en mi rudeza é ignorancia. Lo que no supiere discurrir con palabras decentes, es de la cosecha de mi culpa y miseria. El pesebre, el portal, el pozo en que se sentó cansado, la casa del desposado en Canaá, otra en que fué huésped, la casa de Lázaro, la columna, la cruz, el sepulcro y el rótulo, vinieron á nosotros. La cruz sacrosanta, señal de nuestra redencion, fué hallada. Las casas donde habitó y comió, y su santísimo sepulcro, y todos los lugares santos, están en Jerusalem; y solamente la casa en que vivia María Virgen, donde recibió la embajada, donde concibió á Cristo, fué traída entera por los ángeles con milagro prodigioso á Loreto, donde está, despues de haber mudado otros

lugares, reinando en majestad soberana. ¿Cuándo se vió fineza de amor tan preferida, que dejando en poder de turcos el pesebre que le sirvió de cuna, y su sepulcro, cargase sobre alas de ángeles aquel edificio, y solo cuidase de rescatar aquellas paredes? La devocion estudiosa me dicta que le movió á Cristo á esta demostracion tan agradecida (así se diga) el ver que aquella sola era la prenda en que habia vivido la que sola fué sin pecado, y donde habia sido concebido el que solo no lo tuvo por naturaleza, y venia á quitar los pecados del mundo. Aquella casa era el solar de la redencion del mundo, siempre (3) habitado de santidad altísima, de virginidad sacrosanta, de pureza inmaculada: premió Dios con tan maravillosa transmigracion tan esclarescidas prerrogativas. Santísimo lugar es el pesebre donde nació, porque se reclinó en él Cristo Jesus; empero antes habia servido á un buey y á una mula. La cruz en que murió es un divino instrumento de nuestra redencion y donde se obró; señal gloriosa en que nos defendemos, estandarte que acaudilla los fieles: por esto se le debe la mas preferida adoracion; empero, antes que Cristo Jesus muriese en ella, era patíbulo infame y afrentoso. La casa de María antes y despues y siempre fué albergue de toda soberana santidad, y por eso su hijo quiere que aquella casa y ladrillos y piedras que su Madre le guardó en pureza angélica antes, sea defendida por él, despues, de captiverio, y exaltada con translacion angélica. Pues si cuida con tal providencia, estando triunfante á la diestra del Padre, de la decencia de la casa en que fué concebido, ¿cuánto más se debe creer que cuidó de la inmunidad de aquella en que fué concebido? Y en privilegiar la casa de María tanto despues, enseña que preservó á María mucho antes, pues con razon debió honrar más el vientre y entrañas en que estuvo que la casa en que su Madre vivia. Consideremos, ingratos, que seguimos en obediencia de la serpiente el ejemplo de la primera mujer y del primer hombre (que introdujeron con su pecado la muerte en el mundo para todos), y que dejamos el de María y Cristo, que dieron muerte á la misma muerte, á quien con la suya venció Cristo, dejándonos en su ley por su pasion vida eterna. Así nos llama: agradecidos nos quiere, ingratos nos desecha. Que nos quiere agradecidos lo mostró expresamente con el sacramento de la Eucaristía, que si se interpreta «bien de gracia, sacramento de gracia» (á cuyos misterios se opone el nombre de la ingratitud), ¿qué alma cristiana no aborrecerá vicio que se opone á la Eucaristía, que, en contradiccion de su nombre, que es gracia, se llama sin ella?

Que desecha Cristo los ingratos se ve, pues cuando envió á sus apóstoles á llevar en su Evangelio al mundo su gracia y la salvacion en su ley, los mandó que en las casas donde entrasen á predicar redencion dijese: «Paz sea (4) en esta casa;» y que si ingratos al mayor beneficio, no los admitiesen, que saliesen della, que su paz se volveria á ellos, y que se sacudiesen el polvo de los pies. ¿Veis cuánto asco quiere Dios que sus apóstoles tengan de los ingratos á sus beneficios, que aun no quiere que en los pies lleven el polvo del lugar donde vive el ingrato?

(1) se hacen. (S.)

(2) diciendo: (*Id.*)

(3) habitada (F.)—habitaba (S.)

(4) á esta casa; (Z.)



He considerado (1) también por qué los mandó que no llevaran el polvo, y hallo literal la declaración en David, salmo 1. Ha dado las señas del justo y sus felicidades, y tratando de los ingratos (que así lo entiendo yo, pues los opone al agradecido cuando dice que «el varón justo da su fruto á su tiempo», y esto es agradecer), canta este verso: «No así el impío, no así, sino como el polvo que arroja el viento de la cara de la tierra.» Por las cuales palabras se conoce que los mandó limpiar el polvo de los pies, por ser el polvo el retrato y similitud de los ingratos, y de los tales se ha de huir, no solo dellos, sino de cualquiera cosa que se les parezca. Que el ingrato sea como el polvo, se conoce en que así como el polvo ciega al hombre que le levanta, y le ensucia y escurece y enturbia al aire que le alza, así él ofende á quien le saca de su bajeza y le extiende y le sublima. Es pecado tan feo y tan abominable como habeis visto, y tan sumamente pernicioso, que el postrero día del mundo, en que Cristo lo juzgará, la sentencia de los buenos los declara por agradecidos, y se salvarán por serlo, y la de los malos (2) los declara por ingratos, y se condenarán por haberlo sido. Oid á Cristo por san Mateo, cap. xxv: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado antes de la constitucion del mundo. Tuve hambre, y distesme de comer; tuve sed, y distesme de beber; era huésped, y me albergastes; estaba desnudo, y me vestistes.» Palabras son estas expresadas de paga y agradecimiento á los que le fueron agradecidos en sus pobres con lo que les dió. Oid, ingratos, las palabras de vuestra sentencia: «Entonces dirá el Rey

(1) porque los mandó (Z. P.)  
(2) la (Z. B. F.)

## SOBERBIA.

### TERCERA PESTE DEL MUNDO (a).

Más fácil es escribir contra la soberbia que vencerla. Escribiré lo que es la soberbia para el que la tiene, pues él solo es quien no lo sabe, ni lo quiere aprender de los que lo padecen. Escribiré no sin temor, porque la pluma, desde que (4) abrasó la que volaba en las alas de Luzbel, que en su propia ceniza escribe desconsoladas y eternas tragedias, tiembla en la mano, en temor de la pronunciaci6n de su nombre. Escribiré de la soberbia; y temo que antes (presumiendo de darla á conocer) incurriré en ella mal que discurriré bien. Por esto me rehúso á mí; y teniendo por sospechosa toda la doctrina de los filósofos, me valdré de las sacrosantas escrituras y de los santos padres, sabiendo que, como en aquellos hay algo bueno, en estos no hay algo que no lo sea.

Más limpieza es buscar joyas en las minas que en el

(a) A principios de febrero de 1636, hallándose QUEVEDO en la Torre de Juan Abad, trabajaba en este discurso, como parece de una carta suya dirigida al duque de Medinaceli.

(4) se abrasó (S.— La soberbia es quien abrasó.)

á los que estuvieren á su mano siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está prevenido para el diablo y sus ángeles. Tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber; era huésped, y no me recogistes; estaba desnudo, y no me distes vestido; estuve enfermo y preso, y no me visitastes» (a).

Ya hemos oído el último encarecimiento de la miseria de los ingratos, el alto y soberano mérito de los agradecidos. Seamos pues agradecidos á Dios por todo y en todo; á todos los hombres: á los buenos porque se les debe, á los malos por no ser como ellos, porque lo dejen de ser. No hagamos usura el beneficio ni intereseamos la caridad. Hagamos bien al que no lo merece, por el que Dios nos hace sin merecerle. Cristo, por san Mateo, cap. v, dice: «Si amais á los que os aman, ¿qué merced recibiréis? ¿Por ventura no hacen eso propio los publicanos?» (3) Y por san Lucas, vi: «Y si hicierdes bien á los que os hacen bien, ¿qué gracias se os deberán; siendo así que los pecadores hacen esto mismo?» Hagamos lo que Dios nos manda, animados destas grandes palabras del doctísimo Agustino: «Nada manda Dios que á él le aproveche, sino á aquel á quien se lo manda. Por eso es verdadero Señor, que no ha menester á su criado, y á quien ha menester su criado.» Este Señor nos manda que hagamos bien á los que nos aborrecen: pues su mandato es merced, agradezcámosle con nuestra obediencia, para que con la piedad que nos redimió captivos, redimidos nos salve en su juicio. Amen.

(a) Disteis, albergasteis, recogisteis, imprimió Sancha.  
(3) San Lucas, (Z. B. F.)

estiércol: (5) asco de que ya se preció Virgilio; y en que le imitan aquellos que para la verdad cristiana solamente se valen de doctrinas de idólatras, mal guarecidas de su contagio, y dejan las que, aseguradas en el Espíritu Santo, ó establece por canónicas la Iglesia en los dos Testamentos, ó aprueba en la santidad iluminada de los padres. Yo tal vez referiré algo que dijeron los autores de la gentilidad, no para enseñar al cristiano, sino para avergonzar al mal cristiano, con hacer que lea más honesto conocimiento en los gentiles sin verdadera luz y fe, que en el que nació en tiempo que la una alumbró y la otra reina.

No con soberbia desprecio para este grande tratado los grandes filósofos, á quien frecuentemente citan los santos padres y doctores católicos. Obedezco á mi gran Pedro Crisólogo, que en el sermón ci dice así: «Oigan los que del bien de la muerte revolviéron los antiguos volúmenes de los antiguos; empero de su lección no

(5) asco de queja se preció (Todos los ejemplares.)

podieron lograr conocimiento de virtud ó de consuelo; porque si bien para la tolerancia de la muerte armaron sus ánimos, enjugaron sus lágrimas, enmudecieron los suspiros, acallaron los gemidos, divirtieron los dolores, nada descubrieron á (1) sus lectores de esperanza cierta ó de perpétua vida ó de verdadera vida. ¿Quién al hombre; quién á la sabiduría? — Morir es natural; necesario es morir. Para nosotros vivieron los pasados; nosotros vivimos para los que han de venir; ninguno para sí. Virtud es querer lo que no se puede estorbar. Admite de grado lo que has de admitir por fuerza. La muerte no es antes que venga; cuando viene se ignora. No (2) sientas pues perder aquello que en perdiéndolo no puedes sentirlo. — Empero cuando dijeren estas cosas, todo lo dicen con agudeza, no con vida; porque, de dónde y cuándo y cómo y por quién vino á tí la muerte ignoraron; mas á nosotros el autor de la vida nos declaró el autor de la muerte.»

Las sentencias que de la muerte refiere en este sermón el doctísimo y elegante con soberano saber san Pedro Crisólogo, son literales de Séneca; y no excluyendo en él lo sólido de la doctrina moral, lo excluye en lo demás: porque Séneca y (3) Epicteto, que vivieron en tiempo de los apóstoles, y veían las hazañas de la fe de los cristianos y la perfeccion de la vida, y que la daban al fuego y al cuchillo, no solo con valentía, sino con gozo enamorado, confacionaron con lo que veían lo que escribieron; de tal manera, que su doctrina, con resabios de aquella atencion, es en muchas cosas bien parecida á nuestra verdad: tuvieron por maestros en la primitiva Iglesia á los mártires, y oyeron la doctrina de sus triunfos. Debo al ejemplo piadoso el ponderar que refutando el Santo á Séneca no le nombra, y por perdonar mejor al crédito del autor idólatra, habla antes de muchos de los antiguos, por excusar reprehension á su nombre. Aprendamos de santo Tomás, pues él solo no se contentó con no decir algo contra lo que dijeron, sino que no osó decir lo que en ellos no hallase. Tales son sus palabras en su *Opúsculo confesionario*, cap. 13: «Empero otras muchas cosas hay por qué el hombre se debe abstener con reverencia, las cuales no me atrevo á explicar, porque no las hallo escritas en los santos y en los doctos. Por esto determino dejarlas simplemente á la ilustracion de la gracia de Dios.»

Yo empero seguiré á la doctrina del gran Crisólogo en desconfiar de los filósofos, y obedeceré á santo Tomás en no escribir lo que no hallare en los santos, lo que san Agustín pronunció en el sétimo libro de las *Confesiones*, cap. 20, diciendo de sí «que en los libros platónicos jamás habia podido aprender algo de la caridad y de la humildad». Remito en esto los estudiosos á este capítulo, y al 5.º del libro iii de sus *Confesiones*. Y para desempeñarme, empearé este tratado de la *Soberbia* con la division y definición del (4) angélico doctor.

«Soberbia se dice de dos maneras: la primera cuando excede á la regla de la razon; la segunda por cualquier exceso. La primera siempre es mala; la segunda á veces buena. La soberbia, que siempre es mala, es de tres maneras (5). Primero: Inclinacion á ensoberber-

(1) los lectores (S.)  
(2) sienta (Z. B. F.)  
(3) Epicteto (Z. B.)  
(4) ángel doctor, 2. 2.ª quæst. 152, art. 1. (Z. B. F.)  
(5) Inclinacion (Z. B. F.)

erse por la flexibilidad de la naturaleza ó por la (6) corrupcion del f6mes actual. Segundo: Levantamiento contra el precepto, ó desordenado apetito de excelencia en cualquiera cosa. Tercero: Desordenado apetito de excelencia, (7) á que se debe honra y reverencia. La primera es principio y raíz de todo pecado; la segunda es pecado general; la tercera es pecado especial, y es uno de los siete mortales. Los soberbios son en dos géneros: los unos que se exaltan sobre los otros; los segundos los que exaltan algo sobre sí.»

Resta, despues de la division, definir la soberbia. El mismo (8) angélico doctor añade: «La soberbia propiamente es apetito desordenado de excelencia, á quien se debe honor y reverencia; como si dijésemos: La soberbia propiamente mira al defecto de la sujecion del hombre á Dios, segun lo que uno se levanta sobre lo que á él está prefiijo conforme á la divina regla ó medida.»

Conviene que se sepa c6ya hija es, y qué descendencia tiene. Mateo Timpio, en su *Mensa Theolo-philosophica*, cap. 53, de la *Soberbia* (a), dice en la cuést. 3, que hay cuatro buenas madres de cuatro malditos hijos. Y lo verifica en la *verdad*, que pare al *aborrecimiento*; en la *prosperidad*, que pare y engendra á la *soberbia*; la *seguridad*, al *peligro*; y la *familiaridad*, al *desprecio*. No pueden ser mejores madres ni peores hijos. Desta mala casta está poblado el mundo, que valiéndose de la calidad de quien los parió, disimulan su infamia y la introducen. Segun esto, la soberbia es hija de la prosperidad. Empero ella tiene muchas hijas. Cuéntalas el reverendo padre Antonio Rufo de Tufaria, de la sagrada órden de los Menores, en su (9) *Manuale diffinitionum: Ambicion, presuncion, curiosidad, (10) ingratitud, adulacion, vanagloria, jactancia, inobediencia hipocresia* (b). ¡Oh cuán bien puestas en estado se ven estas hijas en el mundo! ¡Oh cuán casados están con ellas muchos hombres poderosos! No se contenta la soberbia con dar á cada una un marido; no se contenta con ciento, ni con mil. Yo las he visto viudas de algunos, mas no de todos.

He dividido y definido la soberbia, declarando su descendencia y sus descendientes. Necesario es declarar cuál sea la causa de la soberbia en el hombre miserable. Esta yo no la he leído en otro autor sino en estas palabras de san Pedro Crisólogo, serm. ci. «Hombre, cuando tu Autor te hizo á tí de polvo, no lo viste, porque si te vieras hacer, no así lloraras (11) el morir.» Lo demás ya

(6) correccion (Z. B.)

(7) al (S.)

(8) ángel doctor: «La soberbia (Z. B. F.)

(a) En todos los ejemplares, por yerro: se estampa cap. 54. Este libro se retula: «*Mensa Theolo-philosophica, seu conviviorum pulamenta et condimenta suavissima, hoc est Quæstiones symposiacæ, factæ quidem, seriæ tamen et multa gravitate conditæ, nec non per lxx Locos communes dispositæ studio et industria Matthæi Tympii Theol. — Monasterii Westphaliæ. Apud Michaelæm Dalmum. Anno m. dc. xix.*»

(9) *Manual* (Z. B. F.)

(10) integridad, adulacion (S.)

(b) Se da noticia individual de tales hijas á la pág. 332 de la obra, cuyo título es: *Manuale locupletissimum fere omnium tum diffinitionum, tum et descriptionum eorum, quæ in quibuscumque conscientia casuum materiis, atque solutionibus occurrere solent... Per Rever. adm. Patrem Fr. Antonium Ruffum de Tufaria Ord. Min. de Observantia Prov. Terræ laboris. Venetiis, m. dc. xxxiii. Apud Joan. Antonium Julianum.*

(11) al morir. (S.)